

Arturo, como Emilio y como otros, figura en esta obra por derecho propio desde que se inició, en diferentes momentos de su vida. Aún desaparecido nos lo seguiremos encontrando a cada paso y hablaremos con él, intuyendo su opinión, ni aprobatoria ni discrepante, sino diferente, que escuchare-

mos humildes pensando en las posibilidades que hemos dejado de ver. Y seguirá obrando el bien, aunque reniegue, en favor de Alcázar que tanto quiso, pues al fin, esta obra, algo de alcázareña tiene.



LA ESTACION, SU PASEO, SU CALLE

Por haberlo trazado, pagado los terrenos y plantado los árboles, el Paseo no estaba terminado. Ni lo estará nunca. Su vitalidad es tanta que los brotes y renuevos le durarán siempre.

Por eso es de interés revisarle los cimientos, para que resalte su vida propia y se conserve pujante, por ser, como decía don Ramón Jiménez de la arteria aorta, con relación a nuestro cuerpo, la arteria más grande del mundo.

Habíamos hablado de El Chimeneón y de que en la esquina que forma ahora la casa de Cristóbal con la Carretera había un entrante de forma rectangular de unos seis metros de profundidad por ocho o nueve de largo. Después de impresas las páginas precedentes hemos sabido que en este entrante hizo el Ayuntamiento o aprovechó el pozo que existe, para regar los árboles. Tal vez lo aprovechó, pues es de noria como todos los de por aquí y lo estuvieron usando, decían, en julio del 74, en quieta posesión, hasta que hace unos días, Francisco Domingo Lluch, abrió unas zanjias que impedían acercarse a los brocales a sacar el agua. Además abrió una puerta en la muralla de la Fábrica de Barrilla que tiene junto aquél. para utilizar las aguas de dicho pozo por considerar que le pertenece el terreno en que está. Todo esto confirma que la fábrica era de Barrilla, que su dueño lo era este señor Lluch de apellido valenciano, que la puerta donde estuvo El Chimeneón fue la abierta por este señor hacia el rincón del pozo porque lo demás era una cerca, que

el terreno del pozo no sería de él pero parecería propio del terreno y así se reconoció al alinearle a Cristóbal dejando el pozo dentro de su casa y que el motivo de comprarlo Quinica pudo surgir aquí pero también pudo darse en el tren donde viajaría frecuentemente con el señor Lluch porque Quinica tenía en Almansa, por entonces, su principal mercado.

El Ayuntamiento denunció lo de las zanjias, se celebró juicio y condenaron al señor Lluch, pero éste, que sería de los que se rascan la cabeza antes de hablar, pagó las costas pero no tapó las zanjias porque de eso no decía nada la sentencia y tuvieron que recurrir al Gobernador con nueva reclamación, sin que conste su decisión.

Por el año 77, siendo Alcalde Guerrero Lafuente, reiteró Guerra una reclamación que tenía hecha con anterioridad y se convino darle doscientas cincuenta pesetas, "cediendo cualquier derecho que pudiera tener al pozo del Paseo de la Estación, contiguo a la